

Ignacio Peiró Martín, *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*. Madrid: Akal, 2017, 350 págs.

Se dice que estos tiempos en curso miran la historia con poca empatía, que eligen el presente, pues prefieren no pensar en el futuro. Mientras seguimos discutiendo la relación de nuestro tiempo con la historia, quizá no veamos con claridad que, no gustándonos demasiado la historia, vivimos no obstante en la civilización de la memoria. Para comenzar la reseña del libro escrito por Ignacio Peiró Martín, *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*, (Akal, 2017), me permito la licencia de referirme a una conmemoración reciente: el centenario de la Primera Guerra Mundial, que ha recibido una atención concienzuda en varios países, Alemania, Francia, Reino Unido, Rusia, Italia, los Estados Unidos, Australia, Canadá... todos ellos concernidos directamente por la guerra¹. En cada uno se ha afrontado el proyecto de la conmemoración desde ángulos teóricos y prácticos distintos, en función del particular interés por rendir homenaje a los caídos o alentar el espíritu de cuerpo social comprometido en el presente con los retos colectivos. Cada perspectiva ha estado vinculada a la historia nacional y a las políticas correspondientes a propósito de la memoria,² sin que haya pasado inadvertida para los historiadores, tampoco en este caso, la relación entre el mito y la memoria.³

En todos los países que han conmemorado elevando monumentos, publicando libros o celebrando actos, se identifica elementos comunes a mi juicio muy alentadores: el incremento de los temas de conversación con la historia por un lado, y por otro la incorporación al relato (libros, exposiciones, películas, debates...) de perspectivas que atañen a la cotidianidad, al trabajo, a las emociones, al legado, a los múltiples agentes de la memoria que la naturaleza de la historiografía en el siglo XXI ha ido incorporando. En las conmemoraciones indicadas observamos que las sociedades actuales demandan historias cercanas, las que dibujan los sujetos anónimos en sus cartas y diarios, antes que las historias que abarcan la narrativa impersonal, o ligadas a discursos grandilocuentes sobre la patria. Dicho de otro modo: los responsables de articular los discursos conmemorativos identifican los gustos de los receptores de sus discursos y les libran de los estilos clásicos en pro de otros que están en consonancia con la manera en que a las generaciones del presente les gusta relacionarse con el pasado. El énfasis actual por las narrativas del entretenimiento puede ser un factor de peso en este caso. En Reino Unido hace tiempo que muchos historiadores manejan perfectamente y sin desdoro de su quehacer la accesibilidad del público al relato histórico, eligiendo formatos sencillos o haciendo ficción los hechos.

Esto mismo ha sucedido en la organización de las conmemoraciones mencionadas, cuyos organizadores, sirviendo a los intereses de las administraciones del poder, actúan como si el objeto de su trabajo fuera ofrecer al público muestras del legado colectivo o facilitarles discursos sencillos y amenos.⁴ Entre 2014 y 2019 hemos

¹ Brad West (ed.), *War, Memory and Commemoration*. Routledge, 2017.

² Aleksandra Pawliczek, "National narratives of the First World War". CENDARI, Collaborative European Digital Archive Infrastructure, UE European Commission's 7th Programme for Research. <http://www.cendari.eu/sites/default/files/ARGNationalNarratives.pdf> (última consulta 15 de septiembre de 2020)

³ Daniel Todman, *The Great War: Myth and Memory*. Hambledon and London: 2005.

⁴ Julián Casanova, "Historia, conmemoraciones y memoria popular", *El País*, 25 de marzo de 2012.

asistido además al uso de la diplomacia conmemorativa para definir geopolíticas del presente en curso: homenajes a los caídos, teatralización de batallas y escaramuzas, lectura dramatizada de textos escritos durante los eventos de la guerra.⁵ Todo ello al servicio, no tanto de los legatarios de los actores de aquellos terribles acontecimientos, como de los proyectos nacionales, europeos e internacionales cuyo vínculo con las alianzas del pasado es hoy confuso. Se ha querido por ejemplo actualizar la naturaleza de los esfuerzos y sacrificios de las sociedades en situación de emergencia extrema, sugerir a las poblaciones del presente lo desastroso de las guerras o las posibilidades que encierra el uso de la memoria en la recuperación de las sociedades post bélicas.⁶

Las recientes conmemoraciones de la Primera Guerra Mundial han dado desde luego protagonismo a las sociedades civiles sobre las que hizo escarnio el conflicto armado, y han servido para erigir nuevos monumentos que exponen a la mirada del paseante no tanto el heroísmo del soldado caído cuanto la hipocresía de ese pensamiento clásico en el que abandonar el puesto en la trinchera es sinónimo de cobardía.⁷ Hasta han calado, estas conmemoraciones, en el sustrato de la atención pública por la conservación del legado paisajístico, dándonos a conocer la destrucción irreparable que propició en Europa una guerra de cuatro años.⁸ La oleada más reciente del feminismo tampoco ha dejado pasar la ocasión de usar la memoria colectiva de la guerra como un tránsito de las mujeres hacia su exposición pública: bien en tanto agentes de paz y sostenedoras de los frentes domésticos, bien como incitadoras de la lucha y guerreras encubiertas.⁹ Estos años de conmemoración han forjado en definitiva relatos nuevos o complementarios a los ya existentes en las culturas nacionales. La naturaleza de estas celebraciones habrá de ser estudiada sin mucha dilación para comprender algo mejor el presente en que fueron ideadas.

Pues bien, a propósito de conmemoraciones, de símbolos, de culturas nacionales, el ensayo de Ignacio Peiró Martín, *En los altares de la patria*, es un estudio magníficamente planteado y escrito, que atiende a las tradiciones contemporáneas de celebración de las naciones, y en especial a la conformación de las culturas nacionales, tomando a la española como objeto preferente de estudio. En la contemporaneidad, la historia en tanto ámbito de conocimiento se abriría a la sociedad y a la cultura de masas, estas en apropiación política e ideológica de sus iconos, tal como explica Peiró refiriéndose a España en la página 192 de su obra:

El pasado histórico trascendió los círculos del conocimiento erudito para impregnarse de valores ideológicos y transformarse en la fuerza unificadora y matricial de la *cultura nacional española* (...). Impulsado por la incontenible politización de la sociedad contemporánea, la transformación del mapa cultural de finales de siglo avanzaba hacia el “mundo visto” de la cultura de las masas.

⁵ Matthew Graves, *Memorial Diplomacy: The International Politics of the Past*. Palgrave Pivot, 2019.

⁶ Kathrin Bachleitner, “Diplomacy with memory: how the past is employed for future foreign policy”. *Foreign Policy Analysis*, Vol. 15, Issue 4, October 2019, pp. 492–508.

⁷ Véase por ejemplo la siguiente tesis doctoral: Aleg Eirug, *Opposition to the First World War in Wales* (Thesis Submitted for the Degree of Doctor of Philosophy). Cardiff University, 2016. <https://orca.cf.ac.uk/99204/1/2017eirugaphd.pdf> (última consulta 15 de septiembre de 2020).

⁸ Joseph P. Hupy, “The Environmental Footprint of War.” *Environment and History*, vol. 14, n.º. 3, 2008, pp. 405–421. www.jstor.org/stable/20723680 (última consulta 15 de septiembre de 2020).

⁹ Montserrat Huguet, “Battling out of the Home Front: Women in Uniform During World War One”. *Journal of Feminist, Gender and Women Studies* n.º3, pp. 31-43, march 2016. <https://revistas.uam.es/JournalFeminist> (última consulta 15 de septiembre de 2020).

El libro está hilvanado con ideas fundamentales al estilo de la anterior. Pero es el capítulo introductorio de esta obra el que dibuja ya el nivel y el tono del conjunto, ofreciendo un rico panorama de asuntos a tratar y un estado de la cuestión, perfectamente armado, sobre los conceptos, ideas y autores que han abordado cómo las naciones modernas han entendido, construido y usado la conmemoración de su legado histórico. El tema no es sencillo en absoluto, como bien sabemos, pero este capítulo proporciona una síntesis impecable, de enorme utilidad tanto para especialistas como para los estudiantes de historiografía. Peiró define y explica ya en estas primeras páginas lo que los historiadores han dado en entender como el proceso de creación de la exhibición del pasado, el arte de representar la memoria, o su espectáculo, en definitiva: un hallazgo netamente contemporáneo que asume el trastorno de la distorsión en el relato histórico.¹⁰

Encontramos desde finales del siglo XVIII y sobre todo a comienzos del siglo XIX la formación de una idea alentadora: la sacralización de las antiguas liturgias que acompañaban a la política. Me parece relevante que el autor nos recuerde que el punto de partida (la invención) de una “religión civil” tuvo lugar en los Estados Unidos, una cuestión que sigue en nuestro tiempo siendo atendida por la teoría política y los debates públicos.¹¹ Esta circunstancia nos remite al salto generacional que se opera en la sociedad y en la política en la década de 1820, tras cuyo primer lustro las administraciones toman conciencia del vacío u olvido del proceso revolucionario, algo muy perjudicial para un país que pretende abrir su frontera.¹² Necesitado el país de fortalecer los vínculos entre los estados para los nuevos proyectos expansivos, se pondrá el foco en actualizar los hechos fundacionales a fin de revivir un sentimiento nacional desvaído. El periplo en los Estados Unidos del ya anciano Marqués de Lafayette (1824-1825) se utilizó para elevar el tono patriótico de los territorios visitados. Abrió el debate por ejemplo de la necesidad de corregir la ausencia de monumentos públicos que evocasen la historia fundacional del país, retomándose la idea de un proyecto que honrase la memoria de George Washington¹³. Se inauguró también la industria de *souvenirs* patrióticos como parte del nuevo estilo en la creación de la identidad estadounidense: bagatelas –juegos de té o medallones- que se colaban en las casas americanas para recordar a sus moradores el acontecimiento patriótico de la fundación¹⁴. La imprenta en Washington publicaba ediciones de las diversas biografías de Lafayette y los fundadores, litografías y reproducciones de retratos, de las batallas y otros acontecimientos revolucionarios. Con la desaparición de los fundadores se abría un abismo sentimental en la nación. Dos de los fundadores, los presidentes Adams y Jefferson fallecían consecutivamente en 1826, lo que respaldó la idea de celebrar el cincuenta aniversario de la fundación de la nación: el *Jubilee of Freedom*,¹⁵ tomando como referencia la *Declaración de Independencia*.

¹⁰ Este tema fue objeto de análisis hace un par de décadas. Ver por ejemplo el interesante artículo de Susan A. Crane, “Memory, Distortion, and History in the Museum” *History and Theory*, Vol. 36, núm. 40, Theme Issue 36: *Producing the Past: Making Histories Inside and Outside the Academy*, pp. 44-63.

¹¹ Philip Gorski, *American Covenant. A History of Civil Religion*. Princeton University Press, 2017.

¹² William Jones, “Image of the American Patriot”. *Rekindling the Spark of Liberty: Lafayette’s Visit to the United States, 1924-1825*, Washington D.C.: The Schiller Institute, November, 2007, part. V.

¹³ Montserrat Hugué, *Washington, la ciudad del barro y los esclavos*. Granada: Comares, 2020, caps. 27 y 28.

¹⁴ Stephanie Kermes, *Creating an American Identity: New England, 1789-1825*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2008, pp. 117-144.

¹⁵ Andrew Burstein, *America’s Jubilee: A Generation Remembers the Revolution After 50 of Independence*. Nueva York: First Vintage Books Edition, Alfred A. Knopf, 2002.

Las naciones, como las personas, se afianzan en su identidad reiterando sistemáticamente su origen fundacional -el día en que nacieron- y el árbol genealógico que les proporciona los rasgos que advertimos en ellas. Los aniversarios, celebrados en compañía más o menos extensa, familia o ciudadanía, sistematizan la versión concisa de los sujetos a los que homenajean. Al igual que en los festejos de los cumpleaños, las naciones elaboran sus protocolos celebrativos, dando a entender con ellos cómo quieren ser observados y rememorados: la estética de la nación, su representación pública. Si en principio no es relevante, con el tiempo será la ética de la nación la que irá dejando jirones colgados -como estandartes- del palo de la bandera que es la imagen de un país.

Nuevamente recurro al ejemplo de los Estados Unidos para recordar los dolores de cabeza que causó al primer Presidente, George Washington, algo tan poco trascendente en apariencia como era “inventar” un protocolo público para una república moderna. El protocolo, pensado para informar a los propios, pero sobre todo a los extraños, debería, en breves pinceladas, responder sin ambigüedades a la cuestión de quiénes eran estos americanos que se decían miembros de una república y no súbditos de un soberano. Washington fue enseguida consciente de que no iba a poder resolver el problema solo, de que moriría sin apenas haber dejado las instrucciones para sugerir una pauta. Las bases del mencionado protocolo y del aparato conmemorativo de los Estados Unidos se armaron a lo largo de dos siglos, plenos de debates teóricos.¹⁶ Desde sus orígenes contemporáneos, las naciones cuentan con vigorosas construcciones conmemorativas, estructuras que rinden honores a individuos, grupos o instituciones. Las comisiones que se ocupan, dentro de los poderes públicos, de presentar estrategias y dar forma a las conmemoraciones son instancias perfectamente reguladas.¹⁷

La puesta en escena de las naciones, nos explica Ignacio Peiró en este trabajo, ha de orientarse a subrayar las singularidades, las diferencias de las sociedades a las que sirven, gustando cada nación de ensalzar unos aspectos u otros. Así, mientras Francia y Gran Bretaña, dos naciones clásicas, han orientado su foco de atención sobre los personajes heroicos o los hechos militares que puntean su historia, Italia y Alemania, dos estados más recientes, lo han hecho en cambio sobre los aspectos culturales: la música y el arte en todos sus ámbitos. Añadamos a estos ejemplos el caso de Japón¹⁸ que, forzado durante la Guerra Fría a borrar de un plumazo la puesta en escena de la excepcionalidad y el militarismo celebrados en las primeras décadas de siglo, se vio compelida a rectificar la naturaleza del discurso de la identidad sobre los mismos pilares de las tradiciones culturales, pero ahora en connivencia con otras virtudes adquiridas: eficacia y resistencia frente a las adversidades, que eran versiones más aceptables de la singularidad y excelencia prebélicas. En la adaptación al nuevo orden la cultura nacional de Japón hubo de encajar la derrota como un proceso largo e irreversible: su memoria celebrativa como si el hecho de fracasar fuese la exposición pública de un error histórico, una victoria a fin de cuentas.¹⁹

¹⁶ John Bodnar, *Remaking America: Public Memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century*. Princeton Univ. Press, 1992, reedición 2020.

¹⁷ Grenier, Katherine Haldane, Mushal, Amanda (Eds.). *Cultures of Memory in the Nineteenth Century. Consuming Commemoration*, Palgrave Macmillan Memory Studies, 2020.

¹⁸ Sebastian Conrad. “The Dialectics of Remembrance: Memories of Empire in Cold War Japan” *Comparative Studies in Society and History* 2014, 56.1.: 4–33.

¹⁹ Akiko Hashimoto, *The Long Defeat: Cultural Trauma, Memory and Identity in Japan*. Oxford Scholarship Online, 2015.

Ya en el siglo XIX, la era Victoriana -antes incluso, durante el periplo del anciano Lafayette por los Estados Unidos en 1824- descubrió el valor del *merchandising*, los pequeños objetos que actúan como recordatorio de nuestras experiencias o de las conmemoraciones, que identificaba los rasgos de la Inglaterra Imperial. Y es que -como se menciona en las páginas del libro de Peiró- toda sociedad que se juzga nueva abre un proceso de representación en el que el pasado, recordado, indagado o inventado, juega un papel crucial. Precisamente por ser un ferviente seguidor de lo moderno de su tiempo -y no era para menos teniendo en consideración la naturaleza de los inventos y las novedades a mediados del siglo XIX- el príncipe consorte, Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha, marido de la Reina Victoria tuvo una visión perspicaz a propósito de cómo homenajear y conmemorar el legado cultural del país y las imágenes imperiales halagadoras: el patronazgo para consolidar la tradición, la novedad y el pragmatismo.²⁰

En los altares de la patria, el libro, se abunda en estas cuestiones y en muchas otras relacionadas con los fundamentos de las culturas nacionales: los saberes morales y políticos del liberalismo español, el arte y la Academia, los Renacimientos culturales, la evocación sistemática de la figura del emperador y el rey, las conmemoraciones carolinas y monárquicas; la interculturalidad y los ecos de la modernidad europea, los escenarios cambiantes y el espacio escultórico; el reto de Madrid como emblema de la Nación, o los enigmas y secretos de la realidad histórica de la cultura nacional española que pervive agazapada en los exilios ante el despliegue de la cultura de la España nacional. Estas ideas son solo algunos de los encabezados que recorren las páginas de este libro, que da cuenta precisa de la perspectiva con que la historiografía en general y la española en particular -hay un recordatorio obligado a los enfoques ya clásicos de Lugares de Memoria o Políticas de la Memoria- ha ido a lo largo de las últimas décadas asumiendo el estudio de las construcciones de la memoria²¹ -artificios culturales sobre la evocación colectiva.

Si la contemporaneidad se ha ido apropiando del pasado por la vía de la rememoración y la conmemoración, en nuestro tiempo cabe adjuntar perspectivas más sutiles como las leyes de la memoria o lo que algunos consideran judicialización del pasado, lo que viene a ser llevar en el presente el pasado a juicio.²² Ciertamente o no, tenemos la sensación de que hoy tanto la memoria como la historia se mueven en terrenos enmarañados. En el presente, asistimos al énfasis en la cultura del recuerdo. Emergen historiografías que atienden a enfoques inimaginables no hace mucho tiempo, véase, por ejemplo -explica Peiró- la de las emociones. Estas lecturas de la historia emanan de

<https://oxford.universitypressscholarship.com/view/10.1093/acprof:oso/9780190239152.001.0001/acprof-9780190239152> (última consulta 15 de septiembre de 2020)

²⁰ Por ejemplo, en el ámbito de la escultura para espacios públicos como las nuevas instalaciones del Parlamento. Ver: Eoin Martin, *Queen Victoria, Prince Albert and the Patronage of Contemporary Sculpture in Victorian Britain 1837-1901*. Tesis doctoral, 2 Vols. University of Warwick, Department of History of Art December 2013. http://wrap.warwick.ac.uk/63776/1/WRAP_THESIS_Martin_2013.pdf (última consulta 15 de septiembre de 2020).

²¹ José María Ortiz de Orruño, José Antonio Pérez, Rogelio Alonso, Luis Castells, José María Faraldo, Juan Pablo Fusí, Eduardo González Calleja, Ander Gurrutxaga, Elisabeth Jelin, Santos Juliá, Carmen Magallón, Manuel Reyes Mate(coords.), *Construyendo memorias. Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo*. Madrid: La Catarata, 2013.

²² Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons, 2007.

consideraciones nuevas, como puede ser la importancia de la psicología de los individuos y los colectivos a la hora de enfrentar momentos históricos de gran envergadura para los que no se estaba preparado -el *II S* marca el inicio de este tipo de consideraciones. Al hilo de lo anterior, en el siglo XXI se ha ido robusteciendo la idea de que las experiencias quedan supeditadas a su narración cuyo prestigio cultural descansa fundamentalmente en la idea de que el ser humano es fundamentalmente un contador de historias.²³ Siendo así que las culturas nacionales se habrían forjado en buena medida a partir de cuentos patrióticos, celebrativos y emocionales. En la carrera del discurso contemporáneo, la ventaja de la memoria sobre la historia²⁴ es en cierto modo plausible gracias a la forja política y propagandística que define las estrategias culturales de las naciones.

También en el caso español. El desarrollo de la obra de Ignacio Peiró tiene su concreción en él y en su historiografía, especialmente reseñable en las últimas décadas, tal como explica el autor al hablar de la politización de la historia de España en relación a los eventos conmemorativos. Es verdaderamente acertado el uso metafórico del término “Altares” para introducir cada uno de los cuatro capítulos que, a continuación de la magnífica introducción, componen esta obra. Con connotaciones religiosas o no, el término altar remite a un lugar elevado desde el que se propicia la vista del conjunto o algún tipo de celebración. Así, Peiró sugiere: *Altares de la Inteligencia*, *Altares de la Historia*, *Altares de Piedra* y finalmente, *Altares de Derrumbamiento* -pues toda estructura que se erige tiene que acabar forzosamente desplomándose-, para indicar con ellos los hitos en el eje que estructura su disertación: la visión de la cultura nacional española edificada en siglo y medio de historia, y encaminada a un cenit entre los años 1875 y 1939. El texto repasa lo propio de España en el contexto de la época, las iniciativas que propenden a lo excelente, siendo modernas, y las influencias extranjeras que se cuelan en el lenguaje de la modernidad española; refiere también la elaboración de conceptos y su difusión, las obras monumentales, los discursos explicativos, justificadores... La cultura nacional española es finalmente desgarrada, arrumbada, anulada por la guerra y el régimen franquista. Como muy bien explica el autor del libro, la cultura nacional española perviviría no obstante agazapada, dentro y fuera del territorio peninsular, por obra y gracia de los exilios, exteriores e interiores.

Ningún contemporaneista que aspire a abordar su trabajo de historiador debería eludir la lectura de libros como *En los altares de la patria*, aunque solo sea para tener ocasión de poner orden y dar sentido a un conjunto de lecturas que el estado de la cuestión del que parte este libro recuerda y extiende a los trabajos más recientes. No estamos ante un texto solo de lectura especializada sino ante una obra que nos enseña a pensar sobre los complejos elementos que condicionan la historia que narramos y escribimos. El extenso aparato bibliográfico, aproximadamente cien páginas, aporta un fondo de referencias de una utilidad enorme. Pero sin duda alguna, a mi juicio, lo más relevante del libro radica en la pertinencia de su estructura, en el esfuerzo del autor por presentar el clásico problema de la construcción del nacionalismo español desde una perspectiva que acompaña al conjunto de las culturas nacionales y lo inserta en una corriente amplia. Cierto que cada vez son más las voces y los autores que eluden la

²³ Jonatham Gottschall, *The Storytelling Animal: How Stories Make Us Human*, Houghton Mifflin Harcourt, 2012.

²⁴ Hace más de tres décadas, ya se contemplaba la ventaja de la memoria sobre la historia en las culturas contemporáneas. Con la denominación de *The Art of Memory: The Loss of History*, se abrió una muestra en el New Museum de Arte Contemporáneo de Nueva York, 1985-1986.

perspectiva de lo singular en el estudio del tema. El libro de Ignacio Peiró aporta otro peldaño en este progreso.

En la obra cala con naturalidad envidiable todo el fondo de conocimiento que el autor tiene sobre la cultura contemporánea española, además de las culturas periféricas: marcos culturales, trayendo a estas páginas una expresión que encuadra perfectamente el trabajo de un clásico como Carl E. Schorske²⁵, autor además referido por Peiró. Por eso, si algún historiador español conoce a conciencia la profesión en todas sus facetas teóricas y metodológicas ese es desde luego Ignacio Peiró, que desde los comienzos de su carrera académica lleva adentrándose en este terreno de la historia de la historiografía, unas veces solo, otras en compañía de expertos como puedan ser Carlos Forcadell, Gonzalo Pasamar o Mercedes Yusta, por citar solo a tres. Publicado en 2017, éste es un trabajo como recién salido de la pluma de su autor, que deberá celebrarse, y ser objeto de análisis y debate, todavía durante mucho tiempo. Nada más editarse, la *Asociación de Historia Contemporánea* le otorgó el Premio *Juan José Carreras* (en su edición de 2018) al mejor libro de historia contemporánea de autoría individual en 2017. En esta ocasión el jurado, compuesto por los catedráticos Ramón Villares, Carme Molinero, Ángeles Barrio, Juan Pro y Ricardo Martín de la Guardia, premiaba la excepcionalidad de una propuesta que dialoga con obras precedentes, siguiendo la estela de las obras de autores como Juan José Carreras, desde luego, Carlos Mainer, José Álvarez Junco, y su *Mater Dolorosa*, y por supuesto la de Bruno Tobía, *Altare della Patria* (evocando la denominación del Monumento Nacional a Victor Manuel II inaugurado en 1911).

Las páginas de este trabajo son un reflejo -se ha dicho- de un gran bagaje intelectual. Reivindiquemos en este caso el término “erudición” como sinónimo de un saber extenso e intenso, y una enorme empatía con los hechos de la intelectualidad española encarnada por los pensadores, los autores, los artistas. Permítame en este punto el autor el recordatorio de que su referencia en las páginas del libro a las mujeres significadas en la definición de la cultura nacional española es, a mi juicio, algo flaca. Puede argumentarse, y con razón, que la naturaleza de aquellos tiempos dejaba poco espacio al lucimiento público de las señoras, cuyas ideas y actuaciones -aún de puertas para adentro y sobre todo en los asuntos domésticos de la patria- tenían dificultad para colarse en los despachos en los que se fraguaba el reconocimiento o se escribía la historia nacional. Sin embargo, menciono el tema solo para recordar, a los historiadores de la contemporaneidad que puedan leer estas páginas, que a poco que se escarbe en los espacios adecuados surgen nombres femeninos de cierta relevancia que merece la pena ir incorporando al relato. Unas mujeres aportaron, desde el siglo XIX,²⁶ su inteligencia y pasión a la construcción de la cultura nacional y otras, en igual medida, se esforzaron por destrozarlo ya en el siglo XX y al compás indicado por el franquismo.

En definitiva, la nación celebrada, en los símbolos, los mitos y los lugares de la memoria forma parte ineludible ya de la tradición contemporánea, que se enreda en sí misma al tratar de explicarse. Sorprende en nuestro tiempo -para el caso español- el dato aportado a propósito de la inauguración de monumentos públicos en el ochocientos: 255 -señala Peiró-, erigidos con el patrocinio del Estado y de sociedades conmemorativas que surgían por toda la geografía del Estado. Hoy ya no hay certeza de que la

²⁵ Carl E. Schorske. *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1979.

²⁶ En la escritura desde luego, pero también en las artes plásticas. Estrella de Diego, *La mujer y la pintura del siglo XIX español. Cuatrocientas olvidadas y algunas más*. Madrid: Cátedra, 1987.

celebración de las naciones mantenga en alguna medida el legado ochocentista que explica Peiró, al menos en los términos que imaginaron los forjadores de monumentos y efigies que amueblan y decoran todavía nuestras calles y plazas, cuya personalidad ignoran los ciudadanos. Pero, no importa que la ignorancia tapice la cultura cívica de las naciones, pues a un siglo largo de la inauguración del Monumento a Victor Manuel II, observamos la naturalidad con que este tipo de espacios e hitos públicos siguen sirviendo a la patria, dado que se resignifican una y otra vez. Y es lógico que así sea, pues las sociedades en curso han terminado de perder los restos de la inocencia que inspiró a quienes vieron en las escalinatas interminables que daban acceso a los edificios gubernamentales una síntesis de la elevación del poder hasta las cumbres de su administración. Pensemos en el arte en espacios públicos²⁷, en los “altares de piedra” a lo largo de las décadas modernas que son las esculturas²⁸ o estatuas, inspiradas en dioses y mitos en la primera tradición contemporánea, a continuación, en los héroes de carne y hueso que ganan las batallas, y finalmente en la acción anónima de las masas.

¿Cuáles son las políticas de la memoria que barajan las administraciones para las sociedades postmodernas: inter culturales o con ciudadanos que se atienen a las condiciones de su multipertenencia? ¿Cómo se experimenta la temporalidad y los ritos públicos de la conmemoración nacional?²⁹ Hoy, ha de quedar forzosamente muy rebajada la intensidad metódica con que los poderes siguen empeñados en celebrar los mimbres emotivos que articulan la memoria de las naciones.³⁰ De no ser así, los gobiernos se arriesgan seguramente a recibir manifestaciones colectivas de mofa. Es cierto que los símbolos celebrativos, las efemérides y hasta las narrativas de la patria tienen encaje aún en algunos sectores de las sociedades contemporáneas. Los ciclos de emergencia de fenómenos nacionalistas y patrióticos de naturaleza estatal o secesionista, identificables en todos los países, así lo ponen de manifiesto. Pero en tiempos de bruma ideológica como los actuales, y dado que las culturas de la nación son por fuerza dinámicas, la línea que separa el *placet* incondicional a la celebración de la patria de la censura irritada, que la observa como ostentación exacerbada de sus símbolos, se ha vuelto frágil y tornadiza.

Montserrat Huguet Santos
Universidad Carlos III de Madrid
huguet@hum.uc3m.es

Fecha de recepción: 28 de septiembre de 2020

Fecha de aceptación: 9 de diciembre de 2020

²⁷ Félix Duque, *Arte Público y Espacio Político*. Madrid: Akal, 2001.

²⁸ M. Victoria Álvarez Rodríguez, “La escultura conmemorativa española en el siglo XIX a través de las revistas artísticas del reinado isabelino”, *De Arte*, 13-14, pp. 159-179.

²⁹ En febrero de 2014 un interesante encuentro proponía precisamente este tema: *Politics of Memory in Global Context*, Workshop, Columbia University, Nueva York. Y no deja de ser muy interesante para el caso ruso la mirada de Mariëlle Wijermars, *Memory Politics in Contemporary Russia: Television, Cinema and the State*. Routledge, 2018.

³⁰ J Jeffrey K. Olick. “*Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público*”, *Revista Ayer*, n° 32, 1998, pp. 119-145. Y no está de más actualizar su lectura para conversar con ella de otro clásico: Halbwachs, Maurice. *The Collective Memory*, Londres, Harper, Colophon Books, 1941.

Publicación: 31 de diciembre de 2020

Para citar este artículo: Montserrat Huguet, “Ignacio Peiró Martín, *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*. Madrid: Akal, 2017, 350 págs.”, *Historiografías*, 20 (julio-diciembre, 2020), pp. 134-142.